

Advertencia

La historia central de este libro está dividida en 28 capítulos, titulados según las 28 letras del alfabeto árabe.

Entre cada uno de ellos hay capítulos, sin numeración, a los que denominé alternadamente *parámetros* y *excursos*.

Los excursos son narraciones más o menos relacionadas con la intriga principal, en la que estaban originalmente insertas, que luego fue conveniente desmontar para favorecer la fruición del lector.

Los parámetros son leyendas de héroes árabes, comparables al protagonista, y también poetas, cuyos talentos el lector podrá medir.

Quienes sólo pretenden entretenerse con una novela corta de aventuras (y este es mi consejo) deben atenerse a la historia principal de manera lineal y directa, sin perder tiempo con los capítulos intermedios—estos últimos son de lectura independiente y pasibles de ser retomados en cualquier momento y en cualquier orden, con una única excepción—.

Para obtener un conocimiento más profundo de la cultura pre-islámica, como asimismo del universo

mítico que enmarca la narración, es recomendable leer también los parámetros.

Por último, sólo quienes tengan la osadía de intentar descifrar el enigma de Qaf antes de llegar al punto final deben incluir también la lectura de los excursos, además de prestar atención a los epígrafes y los escasos datos que constan debajo de cada una de las 28 letras árabes.

|

Alif
1ra. letra
como número, el 1
en una secuencia, el 1°
inicial de ﷲ, dios, y ﷲ, Dios

Quando digo una mentira
¿no estaré restaurando una verdad antigua,
antes falsada por alguien?
(Sherezade, la verdadera)

La Edad de la Ignorancia —así fue conocida, en la historia de los árabes, la era que finalizó con el advenimiento del islamismo— fue un tiempo de hombres que llegaban a ser más nobles que los caballos y de yeguas celosas de la belleza de las mujeres. Fue también el período áureo de los poetas del desierto, que elevaron la poesía a alturas todavía no alcanzadas por ninguna lengua, en ningún siglo.

Más aún: como prueba del gusto refinado de aquel entonces, solamente siete de los poemas compuestos en la época fueron trazados sobre pieles de camella y ameritaron ser colgados de la gran Piedra Negra que todavía existe en La Meca, donde quedaron suspendidos hasta eternizarse en la memoria de los beduinos.

Cuando estuve en Beirut, hace unos años, llevé conmigo la versión de un octavo poema que —sostengo— ciertamente figuró entre los que colgaron de la gran Piedra Negra. La tradición no canónica lo denomina *Qafiya al-Qaf*, título que puede traducirse como “poema, cuya rima es la letra qaf, que trata de la montaña llamada Qaf”. Un juego de palabras, como se ve.

Los profesores, eruditos e intelectuales que tuvieron el privilegio de leer la obra afirmaron no haber tenido jamás noticia del poema y dijeron desconocer por completo tanto el enredo como los personajes. Les expliqué que el texto era una reconstrucción del original: tan poco verídico como puede serlo una pintura, una escultura, un monumento recuperado por las manos de un restaurador.

La principal objeción de aquellos sabios, profesores de las prestigiosas universidades de El Cairo y Beirut, fue que no existían manuscritos conocidos que pudieran fundamentar mi trabajo, a menos que yo estuviera dispuesto a publicar las fuentes.

Así, me vi obligado a revelar que no había fuentes, si el concepto se aplica pura y exclusivamente al material escrito; y que mi abuelo Nagib, enamorado

de mi abuela Mari, huyó de su casa y se embarcó clandestinamente en el vapor que llevaba a la familia de Mari a Brasil, llevando a su nuevo país —además de un equipaje puramente constituido por libros— parte de los versos de la *Qafiya al-Qaf*, que conocía de memoria.

Aprendí la esencia del poema con mi abuelo. Recuperé el resto, las lagunas que la memoria del viejo Nagib no retuvo, a través de leyendas recogidas en mis peregrinaciones por Oriente Medio y a partir de toda clase de datos históricos dispersos que pude compilar.

No obstante, el texto fue considerado fraudulento. Divergía mucho en estructura y estilo —es verdad— de los demás poemas colgantes, pero anticipaba la técnica de composición de imágenes que constituiría la gloria de la lengua y de los poetas árabes. Por cierto, fue precisamente ese mérito el que se consideró excesivo.

Así, nunca alcancé la gracia de editar el poema; nadie quiso respaldar mi reconstrucción. Las versiones que circulaban (si es que circulaban, porque eso aún está en duda) eran copias no fidedignas, escritas con tinta sobre folios.

Por si eso fuera poco, un famoso historiador de la literatura árabe definió el caso de la *Qafiya* como la mayor de las falsificaciones académicas forjadas en las letras semíticas.

Me indigné; acudí a los diarios para polemizar; tilde de pelmazos a aquellos doctores y convoqué a los

estudiosos de la tradición no canónica a defender el poema. Desafortunadamente, poco a poco me fui dando cuenta de que la tradición no canónica estaba formada por una sola persona: yo mismo.

excurso:
El primer árabe

La palabra *árabe* fue escrita por primera vez —o, más apropiadamente, inscripta— para designar a un nómada montado en un camello en el año 853 antes de Cristo, cuando Jundub y otros mil camelleros se unieron a Israel y Aram contra los ejércitos asirios.

Los historiadores ignoran quién fue exactamente ese Jundub y cuál era el origen de los terribles árabes. Los judíos los consideran descendientes de Ismael, primogénito de Abraham y hermano de Isaac. Griegos y fenicios concordaban en que eran hijos de Cadmo. Los egipcios creían que habían brotado de las arenas salpicadas por el esperma de Osiris. Los persas, que eran las heces de Arimán.

Para los árabes, *árabe* es todo aquel que tiene el árabe como lengua materna. Según ese criterio, son un único pueblo aunque estén divididos en centenas de tribus y en linajes de árabes puros e impuros, que no necesariamente se remontan a un ancestro común.

Para los árabes de la Edad de la Ignorancia, las tribus procreadas por los doce hijos de Ismael no eran

árabes en el sentido estricto del término. Habían sido arabizadas por los verdaderos árabes, originarios de Yemen, de quienes aprendieron el idioma y adoptaron las costumbres.

Las leyendas hablan de un tal Yarub, quien ocupó las montañas del sur y fue el primero en pastorear cabras, quemar incienso y preparar la infusión que denominamos café.

Ese Yarub fue también el primer hombre que habló en árabe. Sólo que la lengua árabe, a diferencia de las demás lenguas humanas, no surgió tras la caída de la Torre de Babel. Fue inventada por Yarub.

En aquel tiempo los idiomas sólo tenían verbos y sustantivos, además de algunos pronombres y partículas menores. Yarub creó el adjetivo. Pero no quedó satisfecho con eso.

“Quiero una lengua infinita, en la que cada palabra tenga infinitos sinónimos”, es la frase clásica.

Y el trabajo infatigable de Yarub hizo del árabe una lengua infinita. Pero había un problema: al sustituir una palabra por otra jamás lograba obtener el mismo sentido de manera precisa, exacta e inequívoca. Siempre surgía alguna idea nueva, algún matiz, algo que escapaba a la acepción original.

Ese fue el caso de *jâmal* (camello), inicialmente propuesto como sinónimo de *jamal* (belleza); y también fue el caso de *bayt* (casa), que Yarub intentó forjar como equivalente de *bayd* (huevo).

Lamentablemente, los fracasos de Yarub tomaron estado público e inspiraron a los primeros vagabundos que comenzaron a hacer poemas. Yarub envió hombres armados con la orden de hacerlos pedazos. Pero no tuvo éxito: el vicio de la poesía había contaminado a las mujeres, que comenzaron a ocultar a los perseguidos arrojando sobre ellos las ropas que se quitaban al desnudarse.

Yarub afrontó esa vergüenza y continuó cercándolos hasta que uno de los poetas —Awad, también llamado Awad— compuso una sátira en la que un mismo término podía tener dos sentidos. Era el fin.

“Las palabras no son siquiera sinónimos de sí mismas”, concluyó, con los ojos bajos.

Llegado a este punto las versiones se contradicen, pero lo cierto es que Yarub se apartó de toda compañía humana y buscó alcanzar, en la soledad de las montañas, la perfección de su lengua.

Permaneció completamente solo durante veintiocho años. La barba y el cabello le crecieron tanto que habría resultado imposible reconocerlo, de no haber sido la única persona que todavía era capaz de crear vocablos, de un instante a otro, con el solo objeto de descubrir alguno que resultara semánticamente idéntico al anterior y poseyera un único significado.

Ya en su lecho de muerte, después de haber fracasado infinitamente, congregó a sus hijos para redimirse.

“No creo en los sinónimos”.

Y no dijo nada más.

ب
♦

Bá

2da. letra

como número, el 2

بَاب secuencia, e. *بِ*

inicial de , *himen, y* , *puerta*

Dos son los que escriben:
el que no tiene memoria;
el que no tiene palabra.
(Anónimo)

La jornada que llevó al poeta —autor de la *Qafiya* y héroe de esta novela— a descifrar el enigma de Qaf fue la misma que le dio el amor de Layla. No puedo, por lo tanto, negar eternidad a la piel de camella que registró por primera vez esta historia, aun cuando sepa que son pocos quienes verdaderamente aprecian el conocimiento y la belleza.

De ella, de Layla, tal vez no haya quedado mucho. Pero al menos otorgaré inmortalidad al nombre del

poeta al-Ghatash y al de la tribu de Labwa, reconstituiré el más bello de los poemas, revelaré la interpretación del más fascinante de los enigmas, y haré desmoronar leyendas que sustentaron las artes de los genios y el poder de los dioses. Porque ha de ser así: los desprovistos de vanidad no escriben libros.

Conocí la leyenda de al-Ghatash siendo niño, cuando me sentaba a los pies de la mecedora de mi abuelo, los dos solos, en la antigua fábrica de ropa que se erguía en el fondo del caserón de la calle Formosa, en Campos dos Goytacazes. El viejo Nagib me contaba, en portugués, lo que —presumo— era su adaptación personal de la *Qafiya*.

Desde la primera vez me fascinó la historia del poeta que cruzaba el desierto en busca de una mujer desconocida, de un enigma relacionado con una fabulosa montaña circular, de un genio tuerto y ciego que podía viajar en el tiempo.

Recuerdo bien la emoción de mi abuelo en la mecedora. Yo sentía que él creía en la leyenda del enigma, en la posibilidad de que también nosotros, hombres de carne y hueso, retornáramos al pasado. Cada vez que yo fingía dudar, él me miraba muy serio y señalaba un instrumento cubierto de polvo, que sólo después vine a descubrir que era un pequeño telescopio.

Mi abuelo Nagib murió antes de enseñarme qué era un telescopio. Crecí con el poema en la memoria... es obvio. Pero quería tenerlo en su versión escri-

ta. Revolví la casa de la calle Formosa, di vuelta baúles enteros, abrí cada uno de los cinco mil volúmenes de los estantes, hasta dejé caer el telescopio... pero sólo encontré unas hojas sueltas, con la caligrafía del propio Nagib, que registraban observaciones dispersas sobre la literatura árabe sin hacer mención alguna a la aventura de al-Ghatash o al genio tuerto y ciego.

También había un esbozo de nuestra genealogía familiar, que se remontaba a los descendientes de la tribu de Labwa, establecidos desde el siglo V en los desiertos que circundan las colinas de Hebrón.

Fue el deseo de recuperar los fragmentos perdidos y dar forma escrita a la *Qafiya* el que me impulsó a aprender el árabe clásico, el hebreo, el conjunto de los dialectos siríacos y hasta el extinto idioma epigráfico de Yemen. También me detuve en la arqueología de Oriente Medio; me asomé a la geografía de los desiertos de Siria y de Arabia; estudié la etnología beduina y prácticamente aprendí de memoria toda la poesía pre-islámica.

Pero sólo cuando me dediqué a la ciencia de las estrellas, en la forma primitiva en que surgió entre los caldeos, pude recomponer el poema original y llegar a la solución del enigma de Qaf.

parámetro:
Imru al-Qays

Para la gran masa de los estudiosos, el poeta árabe más antiguo del que se tiene noticia es Imru al-Qays, no al-Ghatash.

Existen algunas diferencias importantes entre ambos: al-Qays era hijo del poderoso jefe de la tribu de Kinda; en cambio, no conocemos al padre de al-Ghatash. Al-Qays no queja fijado con ninguna figura femenina; al-Ghatash está obsesionado con Layla. El espíritu de al-Qays recibió y guió al profeta Mahoma en su visita a los círculos del infierno; al-Ghatash no habría tenido tanta paciencia.¹

Al-Qays fue un libertino. Dicen que tenía ojos de becerro y que con esos ojos sedujo a un sinnúmero de mujeres. Cuando estuvo en Constantinopla, amó a la casta hija del mismísimo César entre los muros

¹ Ya se dijo que el plagiaro florentino Dante Alighieri estudió profundamente la escatología musulmana antes de escribir la *Comedia*, y que dio a Imru al-Qays el nombre de Virgilio.

del palacio y los guardias bizantinos. Invadía por las noches los campamentos para raptar amantes. Le gustaba sobre todo sorprender desnudas a las jóvenes, cuando se bañaban en los oasis. Al-Qays tenía la pasión de la forma.

En el comienzo del Poema Colgante enumera varios campamentos abandonados, donde se detuvo a llorar el recuerdo de una mujer y de unas tiendas, buscando huellas que los vientos del desierto habían borrado.

No revela el nombre de la amada que lo inspira, como manda la convención del género. Los críticos suponen que se trata de una beduina que sucesivamente habita los lugares mencionados. Pero no: en cada punto del desierto había un nuevo amor para al-Qays.

Fue su propio padre quien lo expulsó de la tribu, cuando supo que el hijo había acariciado aquello que palpitaba bajo la túnica de su prima, después de saltar sobre la camella e invadir el palanquín.

Y entonces dije: sigue adelante, suelta las riendas, pero no apartes de mí ese fruto que se recoge de a dos [...]

Esa escena fue la gota de agua que rebalsó el vaso. Parece que el padre del poeta ya estaba irritado con unos versos que circulaban por allí y revelaban las hazañas sexuales de al-Qays. La escena en la que posee a una muchacha grávida que al mismo tiempo amamanta a su bebé es de una belleza repugnante.

En el prelude erótico, común a todos los poemas clásicos, los poetas difícilmente superan la decena de versos. Al-Qays compuso más de cuarenta.

Pero esa hipertrofia sexual no lo condujo a despreciar otros motivos tradicionales: la exaltación del caballo, el sacrificio de la camella, las escenas de caza, la descripción del desierto. Algunas imágenes son impresionantes, como cuando compara la caída de la noche con el pecho de un corcel negro que salta desbocado y cae sobre el caballero.

La originalidad del poema de al-Qays radica, sin embargo, en la descripción del vendaval que cierra la pieza y es, según algunos, una visión anticipada del Apocalipsis. En medio de la furia de los elementos, donde las montañas son cabezas de husos de hilar, las fieras ahogadas son raíces de cebollas, los árboles caídos son polvillo de pimienta, resuena el más bello verso de Imru al-Qays:

*En Tayma no quedó ni un tronco de palmera; y entre
las construcciones de piedra, sólo los peñascos.*

En estos pasajes se percibe que al-Qays fue un gran solitario. En vano intentaron descubrir si existió una mujer, por lo menos una, a quien haya amado más profundamente.

Buscaron pistas en el propio Poema Colgante, intentando recomponer el retrato de la beduina cuya cabellera adorna sus espaldas, negra y espesa como un

racimo de dátiles de una palmera exuberante; o cuya línea de la cintura es un fino cordón; o cuyas piernas son cañas de papiro sobre el agua; cuyo tacto es tan suave —sus dedos son lisos como blancos gusanos de seda— como el de las ramas más finas; y que, cuando no da, deja que otros tomen.

Y yo pregunto: ¿qué mujeres serían bellas en el desierto, si no fueran exactamente así?

Creo que el pasaje más hermoso de la poesía universal es este, atribuido a al-Qays:

Cuando la constelación de las Pléyades surgió en el cielo como un collar de perlas brillantes, entré, de pronto, en la tienda; y ella, frente a la cortina, se desnudó para dormir, excepto la prenda más íntima [...]

Y yo la levanté en brazos: y la falda colgaba e iba barriendo los rastros que dejábamos atrás [...]

Sigo siendo la única persona sobre la tierra que duda de la autenticidad de estos versos. Ya dijeron que era por despecho, que intento hacer con al-Qays lo que otros hicieron con al-Ghatash. Son mentiras. Conozco bien la personalidad de al-Qays. No creo que hubiera permitido que se borrarán los rastros de aquellos pies femeninos, ni siquiera corriendo el riesgo de ser descubierto por los tíos de la joven. Dije que tenía pasión por la forma. Amaba más las marcas de un cuerpo en la arena que a la mujer que había estado allí acostada.



Jim

5ta. letra

como número, el 3

en una secuencia, el 3º

inicial de جمال, belleza, y جنة, locura

Amo a las mujeres que, estando sin ropas, nunca están del todo desnudas. (Imru al-Qays)

Los ojos de los hijos de Ghurab no me miraron con benevolencia cuando bajé de la camella, sacudí el polvo que oscurecía mi túnica blanca y reivindicué la hospitalidad del desierto. Las mujeres se ocultaron detrás de las cortinas de pelo trenzado que demarcaban el harén, velando sus rostros, como gacelas que huyen de leones.¹ Los hombres no se movieron de las esteras.

¹ Labwa, en árabe, es uno de los sinónimos de “leona”.

“¡Lévantense, árabes! Soy al-Ghatash, de la tribu de Labwa. Hace once días que recorro solo el sendero de las pisadas de este animal.”

Ni siquiera las rocas habrían sido tan mudas. Sólo el viento osó agitar las túnicas y entibiar las tiendas. Algunas yeguas, de las razas más puras de Arabia, de las que constituyen la riqueza de Ghurab, relincharon en mi dirección.

“¡Pagaré lo que sea por uno de esos animales!”

Y avancé por el campamento, como si aquellos hombres fueran mechones de pasto a orillas de un río seco. Cuando iba a acercarme a la primera de ellas, al-Muthanni, el jeque, embistió contra mi sable en ristre:

“¡Ningún extranjero viola el pudor de las hijas de Ghurab!”.

Porque, de entre las yeguas que amamantaban a sus crías, asomó una mujer de la tribu; y el viento, con una ráfaga más fuerte, le deshizo el velo.

Canté a las yeguas de Ghurab: las crines negras, los hocicos gruesos, las ancas anchas. Ninguna de ellas se igualaba a la joven que acababa de seducirme.

“¡Jeque de los Ghurab, me quedo con la yegua más perfecta, criada bajo tu propia tienda!”

Al-Muthanni sonrió, porque yo había sabido reconocer a la hija del jeque. Pero a nuestras espaldas, blandiendo una espada en cada puño, alguien murmuró:

“¿De qué tribu es este ladrón que osa pedir a la prometida de Dhu Suyuf?”.

Volví los ojos hacia él con desprecio:

“Este es al-Ghatash, y este es mi alfanje. Los que ya conocieron en carne propia el temple de nuestra tribu hoy se pudren bajo la tierra.”

La respuesta del otro se perdió, ahogada por el relincho de las yeguas.